

RECUERDOS

El Gris y la Virtud

DE todos es sabido que la reina doña María Cristina, desde el fallecimiento de su esposo el rey don Alfonso XII, no volvió a vestir trajes de color. Pasado el período de riguroso luto, adoptó los tonos grises o malva. Yo, que faltaban muchos años para que naciese cuando murió don Alfonso, conocí a la reina muy avanzada su era gris: los grises de sus trajes, rimaban ya con el gris de sus cabellos.

Todos saben también que doña María Cristina no fué nunca hermosa; era, eso sí de una distinción y de un señorío inimitables. Lo que le faltaba en belleza física, lo suplían las condiciones morales, de lo que da buen testimonio el hecho de que sus enemigos no pudiesen encontrar en ella defecto alguno para atacarla, teniendo que conformarse con ponerle de mote *doña Virtudes*, para censurar, ya que otra cosa no era posible, su exceso de virtud.

Gris y virtuosa, como una de esas monjas de traje color ceniza y vida limpia, concebí siempre a doña María Cristina: gris, en lo externo, con la suavidad exquisita de las perlas, virtuosa, con la sencillez de la santidad perfecta, viviendo como mujer, como madre, como reina...

Su aspecto era atrayente y venerable. El traje, los cabellos, los modales pausados, la suavidad en la voz... Todo era en ella una dulce y serena sinfonía en gris, sin relumbrones ni estridencias, matizada por su acento extranjero. Fué esto lo único que no pudo eliminar la que fué íntegramente española. Su sonrisa, su dulce sonrisa, parecía suavizar hasta este defecto de pronunciación.

Salvo en un caso, poco de interés o curiosidad puedo recoger en mis recuerdos, de las ocasiones en que coincidí con la reina; unas veces la ví de lejos; otras, pude besar su mano, algunas, crucé con ella breves palabras. La excepción aludida fué una mañana de agosto de un año que no recuerdo con exactitud y que deberá ser por 1920, en los jardines del Dispensario de la Cruz Roja, de San Sebastián. Aquel día charlé largo rato con su Majestad y sucedió un incidente, que es el que más ha perdurado en mis recuerdos de la Augusta Señora.

Fuí al Dispensario acompañando a Carlos Martínez Vara de Rey,

entrañable amigo, hoy coronel y una de las más representativas figuras de la aviación española, en posesión de la laureada y de la medalla militar, doña María Cristina distinguía con sincero afecto a Carlos y a su familia, como gratitud por el heroico comportamiento que tuvo en Cuba su abuelo, el general Vara de Rey.

Cuando llegamos a la Cruz Roja, nos dijeron que estaba allí la reina. Después de recorrer unas dependencias en las que Carlos debía arreglar varios asuntos, nos reunimos con su Majestad en el jardín, formando corro, todos en pie. En el grupo estaban la Duquesa de San Carlos, otras damas y varias monjas.

Desde los primeros momentos, doña María Cristina se dirigió con preferencia a Vara de Rey y a mí. Como era natural, la escuchábamos con la mayor atención y respeto; pero pronto vino a importunarnos un muchacho que correteaba por el jardín y en el que ni siquiera habíamos reparado. A espaldas nuestras, empezó a tirarnos de las chaquetas y a intentar introducirse en el corro, que estaba completamente cerrado. Carlos, que era el principal blanco de los tirones y de los intentos, se corría a derecha e izquierda, acercándose a mí o a la dama que tenía al otro lado, para cerrar las brechas por las que el travieso rapaz intentaba colarse sin miramiento ni respeto a protocolo alguno. La reina, de la que no apartábamos la mirada, escuchando su charla, no se apercebía de lo que estaba ocurriendo, ni de nuestra tensión nerviosa ante el temor de que el muchacho se metiera en la reunión.

Vara de Rey, que estaba verdaderamente descompuesto, no pudo impedir, pese a todos los esfuerzos, que el chico asomara la cabeza entre nosotros dos. Indignado y sin mirar para él, iba a darle un golpe cuando la reina, que había visto al pequeño, intervino diciendo:

—Es Juan, mi nieto. Ha venido conmigo. Dejadlo que pase.

Le dejamos pasar, con verdadero asombro. Aquel niño, al que Carlos estuvo a punto de dar una bofetada en presencia de doña María Cristina, era el infante don Juan, hijo del rey don Alfonso XIII. La reina, que se había dado ya cuenta de todo lo ocurrido sonrió bondadosa. El pequeño tomó de la mano a su abuela y empezó a tirar de ella diciendo:

—Vámonos, vámonos.

Su majestad nos aclaró:

—Está impaciente, porque le he prometido que, antes de volver a Miramar, pasaría a comprarle unos bombones.

Nos despedimos. Y se alejaron, cogidos de la mano, la que fué reina regente de España y el príncipe con su traje blanco, caminaba con infantil inquietud; la abuela vestida de gris, señorial y pausada.

Vi después en otras ocasiones a doña María Cristina; pero es ésta la que más ha perdurado en mi recuerdo. Y también ha perdurado en mí su dulce y permanente sonrisa, en el fondo de la cual se adivinaban siempre todas las amarguras sufridas por aquella gran mujer que vió morir jóvenes a su marido y a sus hijas; que había contemplado el hundimiento del imperio en el que ella naciera ar

chiduesa. No en vano pudo decir esta frase, que repetía, frecuentemente:

—No siendo hambre, he padecido todos los tormentos que hay en el mundo.

Para sostenerla, contaba con su virtud, con aquella virtud que la hizo sobreponerse a los sufrimientos y le sirvió para cumplir sus deberes, sonriente, con discreción y suavidad. Y con la dulce sonrisa en los labios, discreta, suave, y virtuosa, se fué del mundo en el gris amanecer del día 6 de Febrero de 1929, cuando Madrid se disponía a recibir a los reyes de Dinamarca.

Es la última reina enterrada en El Escorial, en ese grandioso monasterio en el que la externa e ingente mole de piedra gris sirve de relicario a la norma viva de virtud que en él imprimiera su fundador. Nadie más a tono que doña María Cristina con aquel gran símbolo de la fe española, porque al igual que en ella, allí están enlazados el gris y la virtud.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

Conde de San Miguel



Guía histórico-artística de Cáceres

Por ANTONIO C. FLORIANO CUMBREÑO

Volumen décimo de la Colección de Estudios Extremeños (Sección de Arte), publicados por los Servicios Culturales de esta Excelentísima Diputación Provincial

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS DE CACERES

La vida es siempre eterna

Toda vida es eterna, minuto por minuto.
Frívolamente pasas de un día al otro día.
Pero el día de ayer ya es Eternidad.
Y, el día de mañana puede ser el llamado a que tú ya no veas correr otro detrás.

Desde entonces, tu vida se ha cuajado en vida Eterna;
lo que ha pasado ya en los tiempos que fueron, se ha convertido en lo que ES y por siempre SERÁ.

El día en que naciste, va a salir a tu encuentro; y el día en que el amor bailó en tu pecho; y el del primer fracaso; y el del primer combate fuerte y duro por conquistar la Gloria y, ¡ay!... y el pan, todos, todos brotarán a tu paso... La vida es toda Eterna,

minuto

por minuto.

La vida es siempre Eternidad.

Y se puede cuajar tu momento presente en aquél que ya nunca llevará otro detrás:

cuando menos lo esperes;

cuando menos lo creas;

quizás tras duro padecer de tu carne y tu espíritu; o, acaso en un momento de remanso y hogar:

cuando estés pronunciando tu oración predilecta:

cuando tu hijo te llame,

y de su interrogante

reciba tu alma sólo

aquel último y dulce llamamiento:

«PAPÁ»... ..

La vida
es
toda
y
siempre

E. T. E. R. N. I. D. A. D.

RAFAEL GONZALEZ CASTELL